

***Medieval Warfare*, vol. VII, Issue 6, Jan/Feb
2018: “The beginning of the Reconquista of
Iberia, 1000-1100. Rodrigo Díaz: el Cid.
The man and the legend”**

David Porrinas González
(Universidad de Extremadura)

El presente volumen de *Medieval Warfare*, publicación de naturaleza divulgativa especializada en temas relacionados con la guerra medieval, aborda de manera monográfica la figura de Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador. Constituye una oportunidad para que lectores no conocedores de la lengua castellana puedan tener una primera idea de quién fue ese personaje esencial en la Historia de España. No en vano hay pocas publicaciones en inglés centradas en el caballero burgalés, y muchos aspectos con él relacionados no son por ello bien conocidos por un público más amplio. Que el personaje despierta interés en un elevado número de lectores es evidente a tenor del éxito de monografías, de corte académico y de naturaleza más divulgativa, de novelas históricas y algún que otro programa de podcast. El número contiene además fotografías, ilustraciones, breves bibliografías y una página dedicada a pequeñas reseñas bibliográficas sobre obras relativas al Cid y su época. En esa bibliografía echamos en falta importantes publicaciones españolas que no han sido traducidas al inglés. Nos faltan igualmente mapas que ilustren la complejidad geopolítica de finales del siglo XI peninsular y los movimientos de Rodrigo Díaz. No obstante, a pesar de esas puntualizaciones, tenemos en nuestras manos un número de *Medieval Warfare* que dará la posibilidad de conocer aspectos relevantes relacionados con el Campeador más allá del ámbito hispanohablante.

El volumen coordinado por Peter Konieczny, en el que colaboran reputados historiadores, contribuirá, así pues, a llenar en parte cierto vacío de conocimiento sobre el Cid en países de habla no hispana. Sin profundizar demasiado en los temas tratados, algo que por otra parte no se espera de una publicación como la valorada, sí al menos permite al lector una aproximación previa a la figura histórica y legendaria del Campeador, así como un acercamiento al complejo mundo en el que el conquistador de Valencia se desarrolló y actuó. El primer artículo, elaborado por el propio Konieczny, -“*Los hechos de Rodrigo el Campeador. El hombre que se convirtió en el Cid*”-, sirve de introducción para la contextualización del hombre y su tiempo, una época de cambios y convulsiones políticas y sociales que alumbró la leyenda del Campeador. Y es que Rodrigo Díaz entra en la leyenda ya desde su propio tiempo, y esto fue así porque, como indica el autor, fue poseedor de unas habilidades guerreras que le permitieron destacar en un momento y un espacio donde las destrezas militares concedían óptimas oportunidades a quienes las poseían. Ese contexto es el de la Península Ibérica de finales del siglo XI, donde un califato de Córdoba disgregado en distintas taifas pugna con unos reinos cristianos del norte en proceso de articulación y expansión. El cobro de tributos de los cristianos a los musulmanes, las famosas parias, constituye un elemento de relación fundamental entre ambos mundos.

En 1081 Rodrigo es desterrado por primera vez por Alfonso VI. Considera Peter Konieczny que ese exilio fue una gran oportunidad para Rodrigo, ya que le permitió dar un salto cualitativo en su carrera, comportándose a partir de esos momentos como un comandante mercenario al servicio de los reyes taifas de Zaragoza. Durante esos años Rodrigo Díaz ganaría los apodosos de “Campeador” y “Cid”. Nos habla a continuación de dos visiones que retratan a Rodrigo Díaz, la de la *Historia Roderici* y la expuesta por el *Cantar de Mío Cid*. Ambas composiciones, una considerada histórica otra de corte épico, muestran que en el ánimo de Rodrigo la fe no suscita una hostilidad profunda hacia sus enemigos. Así, la imagen de Rodrigo Díaz como Campeón de la Cristiandad es algo que se desarrollaría en siglos posteriores.

El siguiente artículo, “*La era de los reinos de taifas. Cuando Iberia estaba deshecha*”, redactado por Ann Christys, se centra en ese mundo en descomposición que es el al-Andalus de finales del siglo XI. Esa disgregación islámica es contemplada como una de las claves que explican los

éxitos alcanzados por Rodrigo Díaz. Realiza la autora un breve aunque necesario repaso de los principales hitos políticos en la evolución del Islam en la Península Ibérica hasta llegar a fines del siglo XI, momento en el que los distintos poderes andalusíes dependen del reclutamiento de mercenarios norteafricanos y cristianos para la defensa de sus territorios. El tiempo de Rodrigo Díaz es, como expone Christys, una época de reyes “títeres” musulmanes y de “señores de la guerra” cristianos, donde la balanza empieza a inclinarse por primera vez del lado cristiano en esa pugna ya secular Islam versus Cristiandad. Algunos hechos tendrán hondas repercusiones en la posterior evolución de los acontecimientos, siendo la conquista de Toledo en 1085 por parte de Alfonso VI un hito trascendental.

Precisamente en esa especie de punto de inflexión que fue la conquista cristiana de Toledo, y en las consecuencias de ella derivadas, es donde centra su interés Kyle C. Lincoln, en un artículo titulado “*Viviendo en una cesta de serpientes. La conquista de Toledo*”. Toledo sufrió una serie de avatares en los años previos a 1085, cambios de gobierno que favorecieron, y posiblemente aceleraron, la conquista de la ciudad por parte de un hábil Alfonso VI. En ese proceso hubo alianzas del rey cristiano con algún príncipe musulmán, el establecimiento de un soberano títere como al-Qadir en el trono toledano y ciertas tensiones sociales en el seno de la sociedad toledana. Todas esas circunstancias fueron aprovechadas por el monarca cristiano para dominar una ciudad emblemática tanto para cristianos como musulmanes. La pérdida de Toledo supuso por ello una conmoción para el Islam. A partir de ahí la situación no sería fácil para los toledanos, como ponen de manifiesto algunos testimonios. Las ventajas iniciales a ellos concedidas por una presunta capitulación pronto quedarían en nada, o en poco, si nos atenemos a testimonios, ya un tanto alejados en el tiempo, que relatan aquellos acontecimientos. Parece claro que en Toledo se establece un arzobispado, y se nombra como arzobispo a un cluniacense, Bernardo de Sédillac, cabeza de una estrecha alianza establecida entre Alfonso VI y Cluny, y que es esencial en los eventos de estas décadas y las siguientes. Otro hecho importante, referido también por Kyle Lincoln, es la conversión de la mezquita principal en catedral de manos del arzobispo y la reina Costanza, dándose a partir de entonces “*la preeminencia de lo cristiano sobre lo judío y sobre lo islámico, contradiciendo la supuesta armonía existente en la «ciudad de las tres religiones»*”.

Posiblemente la toma de Valencia por Rodrigo Díaz en 1094 sea el acontecimiento más importante de las décadas finales del siglo XI, después de la mencionada conquista de Toledo. A algunos de los aspectos relacionados con el principal logro del Campeador dedica Peter Konieczny las líneas de un nuevo artículo, titulado “*La evidente exposición de la desastrosa calamidad*”. Esa expresión es extraída del título de la crónica del contemporáneo Ibn Alqama, cuyo original no se conserva pero que fue reproducida en adelante por otros escritos musulmanes y cristianos, constituyendo la principal fuente para el conocimiento de la conquista de Valencia y su posterior gobierno cidiano. En el año 1085 Rodrigo está al servicio de los reyes taifas de Zaragoza como capitán mercenario. Al año siguiente los almorávides, que han llegado a la Península desde África tras la caída de Toledo y como consecuencia de ésta, derrotan a Alfonso VI y su ejército en Zallaqa- Sagrajas, cerca de Badajoz, lo que hará que el impulso expansivo cristiano se detenga. Tras haber recibido el perdón de Alfonso, Rodrigo vuelve a ser desterrado por su rey, y a la altura del año 1092 ya se encuentra acechando Valencia, asentándose en su región. En la ciudad del Turia gobierna al-Qadir, el mismo títere que había gobernado Toledo en el momento de su caída en manos cristianas, y quien suscita rechazo en una parte de la población valenciana. Rodrigo Díaz, encargado de la protección del taifa, aprovecha su asesinato por parte de los descontentos para lanzarse de manera decidida sobre Valencia, a partir de 1093. Se inicia un prolongado, complejo y costoso asedio, alguno de cuyos pormenores señala Konieczny, que llevará a Rodrigo Díaz a convertirse en dueño de Valencia, ya a mediados de 1094, y en su “príncipe” pocos años después.

Al análisis de la naturaleza de ese principado cidiano dedica el reciente y prematuramente fallecido Simon Barton un interesante artículo, quizás uno de los últimos firmados por este brillante historiador, titulado “*El Cid y el principado de Valencia*”. “*El hombre creado por su Dios*”. No hace aquí Barton sino resumir las conclusiones de un fundamental texto académico publicado en 2011¹. No fue un camino de rosas la vida de Rodrigo tras la posesión de Valencia. Como indica Barton, a partir de

1 Simon BARTON: “El Cid, Cluny and the Medieval Spanish Reconquista”, *English Historical Review*, vol. 126, nº 250 (June 2011), pp. 517-543. Quisiera expresar en estas líneas el profundo pesar que me produjo la noticia del fallecimiento del profesor Simon Barton, a quien no tuve la fortuna de conocer en persona pero con cuyos trabajos he aprendido y crecido. Vaya aquí mi más sentido pésame hacia su familia, amigos y compañeros.

ahí el de Vivar necesitó consolidar su señorío en base al control de fortalezas importantes del entorno, especialmente Murviedro (1098), con la amenaza almorávide presionando en todo momento. El gobierno de la ciudad no fue tampoco sencillo, ya que el Campeador no disponía de contingentes suficientes para una repoblación, viéndose obligado a contemporizar con la población local que decidió quedarse tras las capitulaciones. Aun habiendo eliminado a su principal oponente, el cadí Ibn Yahhaf, Rodrigo necesitó consolidar su autoridad, y legitimar su conquista, no solo de cara a los musulmanes sino también frente a competidores cristianos. Para ello Rodrigo fundó un obispado, cuyo obispo será Jerónimo de Perigord, y convierte la mezquita en catedral, como se había hecho en Toledo, en el año 1098, tras la conquista de Murviedro. Todos esos cambios sustanciales son consignados en un importante documento de ese mismo año, el único firmado por la mano de Rodrigo el Campeador, y que es fundamental no solo por ese autógrafo, sino porque en él se revelan las intenciones legitimadoras de Rodrigo. Así, el conquistador es presentado como “Campeador”, y como “princeps” de ese territorio conquistado, Jerónimo como obispo nombrado por el mismísimo papa y no por ninguna otra autoridad eclesiástica. Así se expresa en ese diploma la independencia terrenal y espiritual del señorío valenciano, con un lenguaje trufado con nociones de “reconquista” y “guerra santa”. Ese sería un claro intento de Rodrigo Díaz por perpetuar en el tiempo su principado, en momentos complicados para él.

La trayectoria vital de Rodrigo Díaz, sus logros principales, no pueden ser entendidos sin su desempeño guerrero. La guerra es esencial en la vida de Rodrigo Díaz. No hay en este volumen ningún artículo que analice de manera monográfica la guerra practicada por el Campeador, aunque sí menciones a esa faceta en distintas secciones. Quien más profundiza en esa esfera es Francisco García Fitz, en un artículo titulado “*Guerra en el Cantar de Mío Cid*”. Aunque pueda parecer que la imagen de la guerra proyectada por el *Cantar* es idealista y mitificadora lo cierto es que esto es así solo en parte. En bastantes aspectos esa figuración bélica adquiere altas dosis de realismo, si no en tanto a las operaciones desarrolladas por Rodrigo Díaz histórico sí en cuanto al reflejo de unas formas de combatir propias del Medievo. Por todo ello, considera García Fitz, el *Cantar* puede ser contemplado como una “*guía o fuente para el estudio de la guerra medieval*”. En él aparecen cabalgadas, ejecutadas tanto para la obtención de botín como funda-

mento de la extorsión para el cobro de tributos o con fines logísticos. La guerra de asedios también aparece expuesta, mostrando algunas operaciones como el dominio de puntos fuertes para el ataque al objetivo asediado, para esquilmar sus recursos, impermeabilizarlo y forzar su rendición por hambre. La claudicación de Valencia se produce tras el establecimiento de treguas condicionales y capitulaciones. Todas esas realidades del asedio a Valencia que muestra el *Cantar* son propias de la Edad Media y en no pocos casos coinciden con las formas de proceder del Cid histórico. La batalla, por último, ocupa un amplio desarrollo en los versos del *Cantar*, se nos muestra sublimada, exaltada, amplificadas. Bien es cierto que Rodrigo Díaz fue un guerrero un tanto anómalo, porque se vio involucrado en un número significativo de batallas, operaciones estas consideradas escasas en el periodo por los especialistas actuales.

Un último trabajo dentro de este primer bloque cidiano del volumen se interesa por “*Las espadas del Cid*”, asunto que ha generado distintas controversias sobre la autenticidad o falsedad de ciertas espadas atribuidas a Rodrigo Díaz. Mark Lewis, autor de este artículo, hace un seguimiento a las referencias que distintos textos hacen de la “Colada” y la “Tizona”, llegando a la conclusión de que esas espadas son tan ficticias como otros elementos, personajes, tramas o situaciones que refleja el *Cantar de Mío Cid* y toda la literatura legendaria surgida en torno al personaje posteriormente. Coincide en esta aseveración con un gran especialista en la materia como es Alberto Montaner Frutos.

En número de *Medieval Warfare* prosigue con algunos artículos que no tienen relación con el desarrollo monográfico sobre el Campeador, y que sirven de paréntesis para retomar al final el tema principal. Uno de ellos nos habla del asedio a Londres en 1267, en el marco de la “Segunda Guerra Baronial”; otro versa sobre el uso en la Edad Media de un arma primitiva como la honda. El tercero permite conocer a los no iniciados la faceta de ingeniero militar que tuvo Leonardo da Vinci. El siguiente trata un tema de gran interés, el del entrenamiento de los caballeros para el combate en la Edad Media, asunto esencial para entender la superioridad del caballero medieval sobre otros combatientes del periodo. Quizás la caballería fuera determinante en la guerra medieval por su armamento superior, pero quizás en mayor medida por el hecho de recibir entrenamiento individual y, en algunos casos, corporativo, un adiestramiento físico pero también mental.

Un nuevo artículo retoma la temática cidiana, esta vez para realizar una breve aunque acertada reseña de la película *El Cid*, de 1961, protagonizada por Charlton Heston y Sofía Loren, dirigida por Anthony Mann, producida por Samuel Bronston y en la que un ya anciano Ramón Menéndez Pidal ejerció como asesor histórico. Murray Dann, autor de este comentario al film, considera, a grandes rasgos, que la imagen sobre el Cid proyectada por la película es en buena medida producto ideológico de la España del momento en el que fue filmada.

Otro breve artículo cambia de nuevo de asunto para hablarnos una exposición temporal de piezas de la cultura vikinga que podrán disfrutarse en el Royal Ontario Museum de Toronto, Canadá, en una exhibición temporal que se desarrolla entre los primeros días de noviembre de 2017 y principios de abril de 2018. El colofón a este interesante volumen lo pone Peter Konieczny, director y alma de *Medieval Warfare*, con una reflexión final sobre, Rodrigo Díaz, el Cid Campeador, un hombre marcado por el destierro que intentó hacer su propio camino y lograr su fortuna.

